

males. Mas todo se hace acaso más á propósito todavía en las plantas. Sus flores tiernas, delicadas, envueltas durante el invierno como en un pequeño capullo, ábrense en la estación más benigna; las hojas las rodean como para preservarlas; conviértense en fruto en su estación, y este fruto sirve de envoltorio á los granos, de los cuales deben salir nuevas plantas. Cada árbol encierra semillas propias para engendrar á su semejante, de suerte que de un olmo nace siempre un olmo, y de una encina brota siempre una encina. La naturaleza obra en esto como segura de su resultado; dichas semillas, mientras son verdes y crudas, permanecen adheridas al árbol para adquirir su naturaleza; una vez maduras, despréndense de sí mismas, caen al pié del árbol, y las hojas caen encima de ellas; luego vienen las lluvias, entonces púndrense las hojas y mézclanse con la tierra, la cual, reblandecida por las aguas, abre su seno á las semillas, que el calor del sol, junto con la humedad, hará germinar á su tiempo. Ciertos árboles, como los olmillos y una infinidad de otros, encierran sus semillas en algunas materias ligeras que se lleva el viento; por este medio la especie propágase á lo lejos. No debe, pues, causarnos más estrañeza el que todo se haga á propósito en los animales; esto es común á toda la naturaleza; de nada sirve el probar que en sus movimientos existen la consecuencia, la conveniencia y la razón; sino si ellos mismos conocen esta conveniencia, esta consecuencia, *si esta razón está en ellos ó en aquel que los ha hecho.*

Así pues, en tanto que se trata de la vida orgánica, nutritiva y reproductiva, lo mismo la planta que el animal, dice Bossuet con Sto. Tomás, pueden ser comparados á unos relojes y á otras máquinas ingeniosas, *en las cuales, sin embargo, la industria reside, no en la obra sino en el artífice.*

¿Qué es la vida para la ciencia ortodoxa? El estado de los seres organizados y animados que tienen en sí el principio del desenvolvimiento, de la nutrición y de la producción.

¿Qué es la vida para la ciencia positivista? «*La manifestación de las propiedades inherentes y especiales á la substancia organizada.*» (*¡La manifestación!* La vida hállase en sí misma y no en sus manifestaciones, ella es no sólo algo de relativo, sino ante todo algo de absoluto.) Dicha ciencia añade: «La noción de la vida hállase representada por el fenómeno más general que se efectúa en la materia organizada en acción; por el fenómeno que se manifiesta siempre y sin interrupción en todo ser organizado viviente, *la nutrición.*»

Hé aquí cuanto podemos saber de real sobre el particular; toda idea metafísica sobre la naturaleza íntima, sobre las causas primeras y sobre la esencia del fenómeno, toda idea de entidad y de principio de vida hállase y debe hallarse enteramente alejada. (*Diccionario de Nysten, edición de MM. Robin y Littré, artículo Vida.*) Manifestación, propiedades esenciales, vida sin principio, efectos sin causa, es decir, palabras faltas de sentido, ignorancia voluntaria; pero nada que levante una punta del velo, nada tampoco que sea un argumento ó siquiera una objeción contra las sanas doctrinas; hé aquí el positivismo.

Al lado de la escuela positivista, bien que fuera de ella, hallamos la escuela fisiológica, cuyo representante más ilustre es, en Francia, M. Claudio Bernard; y hé aquí el cruel mentís que dicho señor da á sus escépticos colegas. Sin duda, el lector se sorprenderá vivamente, al oír que el lenguaje de dicho señor es, aunque bajo otra forma, el lenguaje mismo de Bossuet. «Si fuera preciso definir la vida con una sola palabra que, expresando exactamente su pensamiento, hiciera resaltar el carácter que, en mi opinión, distingue claramente á la ciencia biológica, dice M. Bernard, yo diría: *La vida es la creación.* De suerte que lo que caracteriza la máquina viviente, no es la *naturaleza de sus propiedades físico-químicas*, por más complejas que ellas sean, sino la creación de esta máquina que se desenvuelve bajo nues-

tros ojos en unas condiciones que le son propias, y según una idea definida que espresa la naturaleza del sér viviente y la esencia misma de la vida... Lo que es esencialmente del dominio de la vida... es la idea directora de esta evolución vital. En todo gérmen viviente hay una idea creadora que se desenvuelve y manifiesta por la organización. Durante toda su duración el sér viviente permanece bajo la influencia de esta fuerza vital creadora, y la muerte llega cuando ella no puede realizarse más. En esta parte como en todo lo demás, todo depende de la idea única que crea y dirige... Cuando se considera la evolución de un sér viviente, vése claramente que la organización es la consecuencia de una ley órgano-génica que preexiste. Nosotros sabemos que el huevo es la primera condición orgánica de dicha ley. Es un centro nutritivo que, en un medio conveniente, crea el organismo. Hay en cierto modo ideas evolutivas é ideas funcionales que se realizan á nuestra vista. Estas ideas son virtuales, y las existencias fisico-químicas no hacen más que manifestarlas; ellas no las engendran de ningún modo.» (*Memoria oficial de fisiología general.*)

En otra parte, M. Claudio Bernard dice con una grande autoridad: «La generación que preside á la creación orgánica de los seres vivientes, ha sido considerada, con justo título, como la función más misteriosa de la fisiología. M. Pouchet ha querido establecer que no había generación alguna espontánea del sér adulto, sino generación de su huevo, y de su gérmen. Ese concepto pareceme enteramente inadmisibile, *ni aun como hipótesis*. Yo considero que el huevo representa una especie de fórmula orgánica que encierra las condiciones evolutivas de un sér determinado, por lo mismo que las posee. El huevo sólo es huevo porque posee una virtualidad que le ha sido concedida por una ó varias evoluciones anteriores, cuyo recuerdo él conserva en cierta manera. Esa dirección original, que no es más que un atavismo más ó menos pronunciado, es la que yo considero que no puede desenvol-

verse jamás espontáneamente y de una vez. Es del todo necesaria una influencia hereditaria... El huevo es sin contradicción alguna el más maravilloso de todos los elementos histológicos; puesto que le vemos producir un organismo entero... ¿qué cosa más extraordinaria que esta creación orgánica á la cual nosotros asistimos, y cómo podemos relacionarla con las propiedades inherentes á la materia que constituye el huevo...? El huevo es una cosa que *debe ser*; pues bien, ¿cómo concebir que una materia posea la facultad de contener unas propiedades y unos juegos de mecanismo que no existen todavía?... *La materia no engendra los fenómenos que ella manifiesta. Ella no es más que el substratum de los mismos, y no hace absolutamente otra cosa que darles las condiciones de manifestación*; es decir, que ella suministra las condiciones para la realización de una idea creadora que se trasmite hereditariamente.»

¡Cuántos testigos ilustres y elocuentes pudiéramos nosotros invocar en favor de dichas doctrinas que son las nuestras! El grande Juan Muller há dicho: «La vida ó la actividad de los cuerpos orgánicos... no puede subsistir sin la influencia de una fuerza ó poder que obra sobre el todo, no depende de ninguna de sus partes y preexiste á estas últimas... Estas no son creadas hasta el momento en que el embrión se desenvuelve, y lo son por la fuerza del gérmen. Dicha fuerza creadora, *inteligente*, se manifiesta según una ley rigurosa, como lo exige la naturaleza de cada animal.»

Haciendo extensivo á las fuerzas físicas y químicas lo que M. Claudio Bernard ha dicho de la materia, un géometra filósofo, M. Hirn, y con él la inmensa mayoría de los sabios contemporáneos, conforme lo haremos ver pronto, no vacilan un instante en decir: «La afinidad química, en todas partes y sin cesar en juego, hállase en el cuerpo del sér viviente al servicio de una potencia directora que aumenta ó disminuye la fuerza de ella, localizando casi los productos que ella sola puede engendrar. Es la idea

«creadora de cada sér viviente que organiza dicho sér, la «que le comunica sus fuerzas internas y externas, convoco «cando los elementos del medio ambiente, y arreglándolas «entre ellas por la accion directora que ella ejerce con el «auxilio de dichas fuerzas.»

SENTIDO, VIDA ANIMAL, ALMA SENSITIVA.

Desde el momento en que ya no se trata de la vida vegetativa y del instinto, sino de la vida animal y de relacion, no pueden considerarse más sus fenómenos como el producto de una máquina ingeniosa, en la cual la industria residiría, no en la obra, sino en el artífice. Es imposible evidentemente el hacer del animal una máquina calórica ó eléctrica! A la máquina es menester evidentemente añadir el maquinista, para que abra ó cierre la salida al vapor, para que establezca ó rompa el circuito, á fin de que la máquina marche, ó se pare y cambie de direccion sin intervencion de agente alguno exterior. Así es que los libros santos, al menos en la interpretacion que es hoy más comun, atribuyen á los animales un alma viviente. ¿Por qué, pues, debiéramos negársela nosotros? ¿Acaso el animal no piensa, no reflexiona, no sabe distinguir y escoger su alimento, reconocer á su dueño y su morada, ejecutar sus órdenes, amarle ó temerle? Y esa alma será necesariamente *inmaterial*, simple y activa por sí misma; puesto que la materia es esencialmente muerta para todo pensamiento, para toda accion espontánea, etc. Empero, como decia Voltaire, tan ortodoxo, cuando sólo obedecia á su razon ilustrada: «Las más bellas afecciones de las bestias, sus acciones mejor ordenadas no salen jamás del dominio de los sentidos; no se elevan jamás más arriba de lo sensible... Jamás háse notado en ellas accion alguna que no tuviera por único objeto su bienestar corporal.» Bastará, pues, que el alma del animal sea puramente *sensitiva*, adaptada á los sentidos, subordinada á los sentidos, esclava de los sentidos, aun cuando ella los dirige; dado que

no debe existir más que para ellos. Desde el momento en que esa alma sola existe para proveer á las necesidades del cuerpo y poblar la tierra, que ella es enteramente física, enteramente sensual; aquello que ponga término á la evolucion de los órganos en el animal, debe consumir el destino de su alma. La misma sabiduría que le diera su mision exige que dicha alma cese de existir despues de haberla cumplido; el privilegio de la inmortalidad hállase asegurado al hombre solo; toda vez que solo éste penetró en el mundo moral, y que el amor de lo verdadero, de lo bello y de lo divino, le da el derecho de sobrevivirse. Y no se diga que, dotado de un alma inmaterial, el animal llegaría á ser el igual del hombre. Por lo mismo que el alma del animal es puramente sensitiva y que el alma del hombre es á la vez sensitiva y racional, como demostraremos luego, hay entre los dos séres una diferencia de naturaleza ó esencial que excluye toda comparacion.

La ciencia, la falsa ciencia ¿pudiera por ventura oponer alguna objecion invencible á estas enseñanzas tan razonables del buen sentido y de la revelacion? ¡No! aquí como en todas partes, ella permanece en espesas tinieblas. Para ella, la vida animal, lo mismo que la vida vegetal, es una abstraccion, la manifestacion de las propiedades inherentes y especiales de la materia organizada, es decir una gran palabra vacía de sentido; y el animal, mucho más todavía que el vegetal, queda siendo para ella un enigma desesperador. Ella pretende solamente, y nosotros refutaremos pronto este error, identificar al hombre con el bruto, ó por lo menos no permitir entre el hombre y el bruto más que una diferencia de cantidad, de más ó menos.

RAZON, VIDA HUMANA, ALMA RACIONAL.

Desde el punto en que es cuestion del hombre, la revelacion es más esplicita; ella acentúa con mucha más elegancia la diferencia que existe entre el organismo y el

principio de vida, entre el cuerpo y el alma. El alma humana es llamada un soplo de vida infundido por Dios; y el hombre, en razon del espíritu que le anima, es proclamado semejante á Dios (1). Luego con el espíritu vienen el dis-

(1) Un fisiologista experimentador muy conocido, M. Bence Jones, en una conferencia sobre la materia y la fuerza, ante el colegio de los médicos de Londres, soltó esta espresion (*Revisita de los cursos científicos*, entrega del 20 de Diciembre de 1869, pág. 60). «Si el libro del *Genesis* es una revelacion de la ciencia física, hecha al hombre por el Todopoderoso, entónces la existencia vital, separada del cuerpo completamente formado, es una verdad en la cual nosotros debemos creer; mas si dicho libro, bajo el punto de vista científico, no representa más que el estado de los conocimientos en la época en que fué escrito, como nos lo prueban los hechos que refieren en contradiccion con la revelacion que el Todopoderoso nos ofrece en sus obras, en este caso por más interés que pueda inspirarnos el más antiguo monumento de los conocimientos científicos, nosotros no podemos concederle valor alguno, cuando se trata de determinar las verdaderas relaciones entre la materia y la fuerza vital.»

En dicha asercion hay varios errores graves que es preciso poner de manifiesto. No puede decirse que el libro del *Genesis* sea una revelacion de la ciencia física; mas nada de cuanto el *Genesis* afirma positiva y claramente, puede hallarse opuesto á la ciencia física. Pues bien, el *Genesis* afirma la distincion entre el alma y el cuerpo, que es por lo demás un dogma fundamental de todas las religiones cristianas; ella atribuye la vida á un soplo divino, á un espíritu distinto del cuerpo, independiente del cuerpo, que entra en el cuerpo para hacerle vivir y sale de él para dejarlo morir; la ciencia ciertamente no demuestra lo contrario y para ella el empeñarse en demostrarlo fuera dejar de ser cristiana. M. Bence Jones está muy lejos de haberlo hecho; él defiende simplemente una tesis imposible, que cuenta con muy pocos partidarios; la inseparabilidad, la identidad de la fuerza y de la materia; lo que sirve en el fondo á atribuir al cuerpo humano tantas almas como átomos materiales ella encierra, es decir, miles y miles de millones de almas. Eso no es más que un delirio, una estrambagancia de la imaginacion; mas dicho señor ha cometido una falta, diciendo sin reserva alguna, que sobre muchos puntos importantes el *Genesis* se hallaba en contradiccion con la revelacion dada por Dios en sus obras. Esta acusacion peca de sobrada ligereza en los términos en que M. Bence Jones la formula; y hasta me atrevo á decir que ella es ridicula. Veámoslo en efecto: «1.º Según el *Genesis*, la noche, el día y la luz existían antes que el sol, antes que el sol constituido en el estado de luminar ó lumbrera, tal como existe hoy, si antes que el sol todavía en el estado de nebulosa solar, no ¿dónde está aquí, pues, la

cernimiento de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal, de lo bello y de lo feo, el lenguaje articulado, la ciencia, las afecciones razonadas, la conciencia del bien y del mal, la moralidad, la religiosidad, la regla de conducta, las leyes, el amor de la justicia y el temor de los juicios de Dios. (*Eclesiástico*, cap. XVII, v. 1.) Atestiguémoslo de pasada: ninguna de las facultades que acabamos de enumerar encuéntrase en el animal, ni siquiera en una cantidad infinitamente pequeña, ni aun en germen; imposible fuera hacerlas nacer en ellos; por lo tanto repitámoslo todavía: relativamente al hombre, el alma es un cero absoluto, y la distancia del hombre al animal es rigurosamente infinita.

El Sabio dice del hombre que desconoce á Dios: Él ignora á aquel que le formó, que le dió el alma que opera, é infundióle el espíritu de vida! (*Sabiduría*, cap. XV, v. 1.) El alma que opera y el espíritu, ¡qué distincion tan admi-

contradiccion? La Biblia habla como la ciencia en el siglo xix. 2.º Las tinieblas son una substancia comparable á la luz. En sentido figurado, sí; en realidad no. El *Genesis* es el primero que ha hecho de la luz una substancia; mas esa substancia es esencialmente oscura en sí misma; M. Tyndall lo probó recientemente en presencia de M. Bence Jones; y las tinieblas son también el éter en reposo, como la luz es el éter en movimiento. 3.º El *Genesis* coloca encima de los cielos unas aguas semejantes á la tierra. No, y mil veces no. Ya lo dijimos: las aguas superiores no son de ningun modo ni el agua líquida, ni el hielo; sino unos gases muy ligeros, acaso una atmósfera hidrogénea, como sospecha M. William Herschell, y como la ciencia moderna lo hace presentir. 4.º El *Genesis* presenta alguna dogmáticamente que la luna recibe y refleja la luz del sol; mas lo dice implícitamente y de la manera más formal, atestiguando en todas partes que la luz de la luna crece y decrece según su posicion en el cielo. 5.º Finalmente, en el *Genesis*, el órden y el tiempo de la creacion de los seres no organizados y de los seres organizados hállanse invertidos. Nosotros hemos probado sobradamente que no es así, observando que cuando el *Genesis* dice que una série de seres fué creada en tal época relativa, no excluye otra creacion en una época discreta. Por lo demás M. Bence Jones parece hacer su profesion de fe respecto de un alma inmortal; no le pidamos, pues, otra cosa.

nable! No son dos almas; es una misma y sola alma considerada bajo dos aspectos distintos; es decir, en tanto que ella hace las veces de alma sensitiva presidiendo á los fenómenos físicos y fisiológicos, y en tanto que ella produce los fenómenos psíquicos. Los animales no tienen más que el alma sensitiva, ó que opera; sólo el hombre tiene el espíritu.

Estas pocas palabras de los sagrados Libros dicen más que todas las disertaciones más sublimes de los filósofos más eminentes. Léase de nuevo más arriba el relato de la grandiosa vision de Ezequiel, en la cual el hombre físico, fisiológico y psíquico, con su cuádruple sistema huesoso, nervioso, muscular, epidérmico y su espíritu, hállase tan claramente definido. Trátase allí de volver la vida á un ejército reducido á huesos. ¿Qué dice el Señor? *Yo infundiré en vosotros el espíritu y vivireis.* Y en efecto el profeta esclama: *Venid, espíritus; y los espíritus entraron en ellos, y ellos vivieron, y sostuvieronse en pié como un ejército inmenso.*

En todas partes, en los Libros santos, lo mismo que en todas las páginas de la historia de la humanidad, es siempre cuestion, como de una verdad imponente, del alma que agita la masa del cuerpo, *mens agitat molem*; del espíritu que conserva, que alimenta la vida, *spiritus intus alit.* Ese espíritu, esa alma, tenemos la conciencia íntima de ello, es nosotros, es nuestro yo; podemos decir aun que la vemos intuitivamente, con la vision más perfecta, toda vez que vemos todo lo que pasa en ella. Nosotros sentimos que ella es distinta de nuestro cuerpo, y que no consta de partes como nuestro cuerpo. ¿Podiera ella acaso ser una ilusión, un fantasma? El pretender tal cosa fuera una blasfemia. «Que el hombre se examine, decia el gran Buffon, que se analice y sondee su interior, él reconocerá pronto la nobleza de su sér, sentirá la existencia de su alma, cesará de envilecerse, verá de una ojada la distancia infinita que el Sér supremo ha puesto entre él y las bestias.»

Manifestemos ahora en breves palabras lo que es esa alma segun las doctrinas de la revelacion y la fé. Veremos en seguida, ó al mismo tiempo, si esas nociones esenciales de la filosofía y de la revelacion son contrarias á los datos de la ciencia, y si la ciencia moderna ha demostrado realmente que el alma no es distinta del cuerpo, ó que el alma humana no difiere del alma de las bestias esencialmente y por naturaleza.

*Simplicidad del alma humana.* En el estado actual de la ciencia, es probable y se halla asaz universalmente admitido, que todos los cuerpos materiales de la naturaleza, sólidos, líquidos, gaseosos, no organizados, están compuestos de elementos simples, átomos ó mónadas sin extension alguna, indivisibles, de los cuales puede decirse que son todo ó nada, *totum aut nullum*, y son idénticamente los mismos en todas partes. Dichos átomos, agrupados en mayor ó menor grande número, de tal ó cual manera, forman las moléculas, elementos esenciales y característicos de los diferentes cuerpos. Para dar una idea de la cantidad innumerable, no solamente de átomos, sino de moléculas ó agrupaciones de átomos contenidos en los cuerpos, diremos, á trueque de aterrar á las imaginaciones más intrépidas, *que un cubo de agua de un milésimo de milímetro de lado, cuyo peso es mil millones de veces menor que un milígramo, y que no puede ser visto más que con el auxilio de un microscopio de grandísima potencia, encierra veinte y cinco millones de moléculas de agua distintas, que contienen á su vez millones de millones de átomos simples.* Un número innumerable de moléculas sólidas, flúidas, gaseosas, formadas cada una de ellas de un número innumerable de átomos simples é inertes, hé aquí lo que es en último análisis un cuerpo no organizado ú organizado cualquiera, bien sea mineral, vegetal, animal, ó humano! Y esos átomos simples é inertes, ya considerados individualmente, ya agrupados juntos, no pueden concebirse animados más que

de simples movimientos de traslación, de rotación y vibración. Para que dicho cuerpo pueda llegar á ser viviente, es menester que la vida le sea sobreadida y venga de fuera, de la idea ó de la acción creadora, del alma vivificante, del espíritu vivificador. Empero, así como tenemos la idea de un sér necesario, infinito, infinitivamente activo que todo lo ha creado y que lo anima todo; así también tenemos por nosotros mismos, ó al menos por la revelación, la idea de un sér finito y activo, alma sensible ó alma racional, capaz de animar y de hacer vivir de una vida propia á un sér organizado animal ó humano cualquiera.

Dicha alma, pues, con mayor razón que los cuerpos, debe ser ella misma un sér simple, ó formado de séres simples, idénticos entre sí. Mas ¿por qué esa multiplicidad? ¿por qué uno solo de esos séres simples no hiciera por sí solo lo que pudieran hacer todos juntos? Si ellos fueran muchos, todas las operaciones del alma, el sentimiento, el pensamiento, el juicio y el recuerdo, debieran hallarse en cada una de esas mónadas. Cada una de ellas sería un alma completa. Pues bien, ¿á qué esa multiplicidad, repito, cuando una sola alma es bastante? Y ¿cómo admitir esa multiplicidad, cuando yo siento en mí una unidad absoluta, cuando tengo la conciencia de que mis sentimientos, mis pensamientos, mis afecciones, mis indicaciones, mis desagradados, mis temores y mis esperanzas, mis placeres y mis dolores; que todo lo que penetra en mí por mis ojos, por mis oídos y por cada uno de mis órganos á un tiempo mismo ó sucesivamente, es sentido por mí, por mí uno é invisible? Sí, todas las acciones y las pasiones de mí alma indican en esta alma la unidad é indivisibilidad. Un jóven ingeniero de puentes y calzadas, pensador y filósofo ejercitado, M. Félix Lúcas, ha demostrado matemáticamente, en una obra muy original, *El proceso del materialismo*, que el *sensorium* ó centro de todas nuestras sensaciones, de todas nuestras percepciones, es un átomo inseparable, indescomponible, inaccesible al escalpelo del anatomista.

Dicho señor infería de ello, que, si algunos filósofos quisieran encadenar al alma superior unos *sensoriums* materiales, deberían reconocer que dichos *sensoriums* carecen de dimensiones, y añadja: «El encerrarse dentro del círculo estrecho del mundo físico, el sacrificarlo todo á la bestia, es envilecerse hasta el último extremo. El alma humana tiene aspiraciones de otro órden: la religion, la moral, la ciencia, el arte, la poesía, lo verdadero, el bien, lo bello, todo lo que dimana del mundo sublime de la abstracción, hé aquí lo que constituye su verdadero dominio. El pretender aniquilar la fe espiritualista, el soñar en despojar al hombre del misterioso atributo que le caracteriza, el querer llenar el abismo sin fondo que le separa de la animalidad, fuera la ilusión de un escepticismo tan orgulloso como impotente; el decir en nombre de la ciencia, que una tal obra se halla realizada, fuera engañarse ó mentir.»

*Actividad del alma humana.*—El alma humana es evidentemente activa, puesto que ella opera sin cesar: ella siente, ella piensa, ella raciocina, ella juzga, ella recuerda. No es activa solamente en sí misma; ella imprime el movimiento al cuerpo que anima, y por medio del cuerpo que anima, á todos los séres inorgánicos ó orgánicos de la creación. Su actividad es en cierto modo infinita; para remover la tierra, ella sólo necesita un punto de apoyo. Mi cuerpo hallábase en el reposo; yo quiero, y desde luego mi diestra se agita, mis piés me trasportan en una rápida carrera, y mi brazo lanza una flecha ó un arpon, que derriban á todos los colosos de la creación, al elefante y la ballena.

Activa esencialmente y por sí misma, el alma es también pasiva; un gran número de movimientos físicos ejercen sobre ella unas impresiones que ella trasmite á su vez, haciéndolas convertir en causas ó motivos de movimiento. Empero, en estas percepciones y en estas transmisiones ó comunicaciones de movimiento, ella no se

conforma en manera alguna con las leyes de la trasmisión ó de la comunicacion del movimiento de un cuerpo material á otro cuerpo material. Una palabra, un sonido ligero, incapaz de arrastrar una pluma, me advierte que mi vida ó la vida de mi amigo se halla en peligro. Yo estaba inmóvil, y hé aquí que emprendo una impetuosa carrera, cambiando de direccion á cada obstáculo que encuentro al paso, hasta que alcance mi objeto. Es una de las leyes de la naturaleza que una misma causa imprima á masas iguales cantidades iguales de movimiento; y hé aquí que en la sala de un mismo tribunal la misma voz, la misma palabra, el mismo impulso dinámico despierta á la vez en una multitud atenta los sentimientos más opuestos. El oprobioso se estremece y se desespera; la esperanza y la alegría renacen en el corazon del oprimido; el rostro de los magistrados refleja una noble impasibilidad; la concurrencia previene y llama con sus trasportes la sentencia de los jueces. Al pié de un mismo púlpito, á esta palabra, *Dios*, el creyente se inclina, el impio se rebela ó blasfema; el extranjero cuyo oido hirió dicho sonido sin haber comprendido, permanece en la más completa indiferencia (1).

(1) No ignoro la objecion que pudiera hacerse sobre ello. Las disposiciones anteriores y los conocimientos adquiridos por los oyentes, infundieron en su sér espiritual ó corporal algunas modificaciones profundas y substanciales, diráse acaso. El efecto de la palabra del abogado ú orador es el de un derramamiento, si así puedo expresarme, de un escape, ó bien para servirme de una comparacion de la cual hice ya uso, un efecto de abertura de cañilla ó de clausura de circuito, que pone en juego, con toda su potencia, la máquina calórica ó la máquina magneto-eléctrica. Todo eso es cierto, mas ese derramamiento es un acto intelectual y voluntario, que no viene en manera alguna del exterior, que reconoce por causa de existencia, en el seno y encima de la máquina, un agente ó yo, que abre ó cierra la espita ó la cañilla cuando le place, que rompe ó establece el circuito á su voluntad. Un hombre de mucha imaginacion, M. Tremaux, ha sido inducido, por medio de un estudio detenido de los fenómenos de la naturaleza, á establecer una comparacion feliz, que nos da el secreto del derramamiento ó efusion de que estoy hablando. «El cerebro, dice él, ó el órgano de la memoria en el cerebro,

Además, y esta es una diferencia aterradora para el materialismo, lo que llega al alma ó al cerebro es forzoso, inevitable; mas lo que sale de ellos no lo es. La sensacion obra necesariamente sobre el cerebro con una *intensidad proporcional á su fuerza y en el sentido querido por ella*. Empero de ello no resulta de ningun modo, como en los

bro, puede recibir varias sensaciones y varias impresiones por las solas fuerzas de las corrientes nerviosas... Cuando una capa muy delgada de materia impresionable ha sido espuesta á la luz derivada de algun objeto y repartida por el lente del daguerrotipo, dicha capa, en la cual el ojo nada distingue todavia, hállase cubierta, sin embargo, de una infinidad de matices y contornos perfectamente reproducidos... Si la huella de las sensaciones se imprimiera en la materia del cerebro de una manera análoga, el fenómeno de la memoria fuera una simple accion mecánica. Mas esa induccion no debe hacerse precipitadamente, toda vez que las dificultades se presentan desde luego. Cuando por algun error, ó por otra causa cualquiera, los fotógrafos esponen una misma capa á muchos objetos ó paisajes distintos, antes de hacer aparecer la imagen, el resultado es más y más confuso ó indescifrable. La analogía nos indica que lo mismo sucederia en el cerebro si la accion material obrara por sí sola. Por el contrario, cuando dicho órgano se ha ejercitado mucho, cuando ha recibido muchas imágenes, la percepcion y el juicio son más claros. La misma diferencia notamos igualmente entre la funcion material que no se perfecciona, y pierde más bien en ciertos casos, y la funcion intelectual en la cual el alma interviene para perfeccionar la accion... Fácilmente comprendemos que el cerebro sea impresionado de una manera análoga por todos los sentidos, y que posea así ese fondo persistente de impresiones que constituye la memoria. Comprendemos que aquellos objetos que nos impresionaron en nuestra infancia, cuando la substancia del cerebro no se hallaba aún sobrecargada de impresiones, dejen todavia que las huellas más profundas y claras; comprendemos mejor todavia que las impresiones más recientes sean en general las que se hallan más presentes en nuestra memoria; y finalmente, que aquellos objetos que más nos impresionaron por varios sentidos á la vez, siendo todos ellos cosas iguales por otra parte, sean los que quedan mejor grabados... Hémos aquí, pues, en presencia de un sinnúmero de impresiones de todas las edades y de todos los días, las cuales pueblan el cerebro y constituyen una especie de biblioteca de las impresiones de nuestra vida. Empero, si nada regulara el órden en el cual dichas impresiones se presentan á nuestra imaginacion, todas ellas tuvieran una tendencia á surgir al mismo tiempo al llamamiento de una accion provocadora, sin dar por resultado más que una imagen confusa, un caos indefinible; y nada de ello

demás órganos, una acción forzada, inevitable, según la ley que es el atributo de la materia. Por el contrario, el alma hace uso de la impresión del cerebro para obrar ó para dejar de obrar, para determinar libremente la producción de acciones enteramente voluntarias; cual centinela vigilante y libre, ella conserva todo su poder de obrar; ella puede no querer utilizar la impresión recibida; ella puede querer utilizarla; como puede aun obrar de nuevo en sentido contrario. Que el movimiento excitador llegue al cerebro bajo la forma de luz, el alma permanece libre de obrar, tanto como si ella viera como si no viera; que penetre por las orejas bajo la forma de vibraciones, por la nariz bajo la forma de emanación y de difusión molecular,

sucede afortunadamente. Nosotros tenemos la facultad de referirnos á tal ó cual de dichas impresiones, según nuestro deseo. Es, pues, evidente que dicha biblioteca tiene su bibliotecario; que busca en el punto apetecido la impresión á la cual queremos adherirnos, y que la pone bajo los ojos de nuestro pensamiento, sola con exclusion de todas las demás ó combinada con otras. Empero ¿cómo definir ese bibliotecario incomparable que sabe leer unos caracteres tan delicados, y distinguir claramente unas imágenes tan imperceptibles como confusamente acumuladas, si ellas no lo fueran más que por la acción exterior? Respecto de este punto, y por más que uno se empeñe en ello, es menester escluir el acaso; es preciso reconocer la libertad de registrar todas las impresiones; es indispensable poseer la facultad de escogorlas y de compararlas con inteligencia; es necesario algo que supere en sutileza á todo lo que la imaginación puede concebir... Hémos aquí, pues, una vez más conducidos á los dos principios que hemos encontrado ya; á la acción material y á la facultad de servirnos de ella. Para distinguir una facultad tan extraordinaria, yo no considero nada más adecuado que el conservar el antiguo nombre dado á todos los pueblos, y que cada cual comprende denominándolo alma. «El alma es el maquinista de la máquina calórica que dá salida á la corriente de sangre oxigenada, fuente de la fuerza motriz necesaria para el ejercicio de las funciones físicas y fisiológicas del corazón, del cerebro, y de los demás órganos; ella es el electrizador de la máquina eléctrica que abre el circuito á la corriente de fluido nervioso; ella es el bibliotecario de la memoria; ella es el centinela soberano, ó mejor dicho, el general en jefe que recibe los telegramas, de todos los sentidos, etcétera, etc. Ella es, en una palabra, el agente que opera y el espíritu que vivifica.

por la nutrición bajo la forma de agentes trasformables en calor ó en fuerza mecánica, por la respiración, por el frío, por el calor, por mil contactos diversos, con orden ó sin orden alguno; que la impresión cese ó continúe; el alma es siempre libre para obrar ó dejar de obrar; y si ella obra, no es de ningún modo de una manera forzada ó obligada, como se observa en todas las transmisiones de movimiento sometidas á las leyes de la mecánica; su actividad, por consiguiente, es de una naturaleza enteramente distinta de la actividad pasiva de la materia.

La actividad del alma, considerada bajo otro punto de vista, ejércese en unas condiciones que establecen entre ella y la materia un antagonismo profundo. La materia obra ó sufre allí donde ella se halla, en el sitio que ella ocupa. Para ella no hay acción actual, ni á distancia donde ella no está, ni en el pasado, ni en el porvenir. El creador mismo de la atracción en razón inversa del cuadrado de distancia, el gran Newton, apresuróse á reconocer que dicha atracción no es más que una palabra, una fuerza explicativa, pero de ningún modo una fuerza real. Así la distancia, el espacio y el tiempo, relativamente á la materia, son unos reactivos puramente mudos, á los cuales ella nada responde. Respecto de la acción del alma, por el contrario, dichos reactivos tienen una elocuencia extraordinaria. El alma abismase, á su antojo, en lo pasado, en el porvenir, en la inmensidad del universo. Para ella no hay pasado, ni futuro, ni distancia alguna. Ella se hace presente, cuando quiere, las conquistas de Alejandro, ó el fin de las monarquías modernas. En medio de la noche más oscura, ella puede invocar á la naturaleza entera: el sol la ilumina con sus rayos; los prados ostentan sus verdores; las aves, desde el ramaje, hacen resonar su voz en los aires, etc. Digámoslo, pues, de una vez: existe un reactivo, la gravedad, ante el cual la materia toda entera, hasta la última de sus moléculas, acusa su presencia; todo cuerpo tiene necesariamente su peso y su volumen propio. Ahora bien, ¿quién osará asignar un peso

y un volúmen al pensamiento, á la voluntad, al amor y á los demás seres morales, á los afectos del alma, á la verdad y á la mentira, al reconocimiento y á la ingratitud, á la perfidia ó á la felicidad?

Formulemos por lo tanto, desde ahora, esta conclusion suprema, cuya verdad veremos luego resplandecer con mayor brillo. Para no reconocer más que una naturaleza en el alma y la materia, es preciso transferir la libertad al sér esencialmente esclavo; es menester ver invocante el sér insensible el presente mismo, el porvenir y el pasado; lo que existe, como aquello que no existe: es necesario reducir á la física del movimiento, ó del desalojamiento en el espacio, toda la moral de los vicios y las virtudes; es indispensable ver el sér esencialmente uno, esencialmente indivisible y simple, en lo compuesto múltiple y estenso; es forzoso hallar la actividad y la fuerza en la inercia misma; es imprescindible, por último, obstinarse en buscar en la muerte todo el poder de la vida. En vano, en la imposibilidad de atribuir la inteligencia á la materia inorgánica, intentárase buscarla en la materia organizada; como si los átomos reunidos por la organizacion cambiaran de naturaleza; como si esos átomos congregados en moléculas sólidas, líquidas, gaseosas, blandas ó duras, flexibles ó inflexibles, pudieran volverse inteligentes por la cohesion y la organizacion; como, finalmente, si el considerar algunos corpúsculos aproximados bajo alguna forma orgánica cualquiera, fuera considerarlos como pensantes!

*Unidad del alma humana.* El alma que trabaja y el espíritu que vivifica, no son más que una sola y misma cosa; el alma humana es esencialmente una. Las divinas Escrituras, en todas partes, dan al hombre un alma y no le conceden más que una, que él debe salvar á todo trance. Empero, como quiera que los herejes osaran afirmar que habia en el hombre dos almas, el cuarto concilio de Constantinopla creyó deber anatematizarlos so-

lemnemente. Y como quiera que otros herejes más insensatos todavía soñaron que el alma infundida en cada sér humano era, no un alma individual, sino un alma colectiva, la misma en todos los cuerpos, el quinto concilio de Letran, y la Bula *Apostolici regiminis* de Leon X, proclamaron nuevamente la unidad é individualidad del alma humana.

El soberano Pontífice Pío IX, en su breve al obispo de Breslau, afirma en estos términos lo contradictorio de las aserciones de dos teólogos alemanes, Gunther y Balzer: «La doctrina que indica en el hombre un solo principio vital, el alma racional, de la cual el cuerpo recibe á la vez el movimiento, la vida entera y las sensaciones, es muy comun en la Iglesia de Dios, y, en sentir de la mayor parte de los doctores, sobre todo de los más autorizados, dicha doctrina hállase tan estrechamente unida al dogma católico, que ella es su sola y verdadera interpretacion; por consiguiente no puede ser negada sin incurrir en error respecto de la fe.» ¡Qué dicha para nosotros el tener esa fijeza sobre una verdad que la ciencia declara inaccesible para ella!

Cómo, por lo demás, pudiera dudarse de esta verdad capital, ó mejor dicho, de este hecho evidente: «Yo siento, yo pienso, yo juzgo, yo quiero, yo recuerdo; mas, á pesar de ello, tengo la conciencia de que no hay en mí de ningún modo cinco seres distintos, de los cuales al uno le corresponda la facultad de sentir, al segundo la de pensar, al tercero la de juzgar, al cuarto la de querer y al quinto la de recordar. Todas las facultades de mi alma, por otra parte, son nulas desde el instante en que las separo del pensamiento y del sentimiento. El juicio no es otra cosa que la decision tomada en virtud de las relaciones notadas por el pensamiento; la voluntad no es más que un pensamiento que arrastra hácia el objeto deseado; la memoria no es más que un pensamiento renovado, etc., etc. El sér que siente, piensa, juzga, quiere y recuerda en mí, es esencialmente uno; todas sus facultades acusan su unidad é indivisibilidad.

*Libertad del alma y libre albedrío.*—Aun despues de la caída de Adán, Dios decía á Caín: «Si hicieres bien, tranquilízate; y si mal, tu pecado permanecerá; tus apetitos estarán siempre en tu mano, y tú podrás siempre señorearte de ellos.» (*Gen.*, cap. IV, v. 3.)

En el momento en que acababa de manifestar al pueblo hebreo los designios de Dios, Moisés le decía: Este mandamiento que yo te intimo hoy, no es sobre ti, ni puesto lejos. La palabra está muy cerca de tí; hállase en tu boca y en tu corazón para que la ejecutes... Yo llamo hoy por testigos al cielo y á la tierra, que os he propuesto el bien y el mal, las bendiciones y las maldiciones, la vida ó la muerte; escoge, pues, la vida, á fin de que goces de ella, tú, y la posteridad, y ama al Señor tu Dios.» (*Deut.*, cap. xxx, v. 2 y siguiente.) El autor del *Eclesiástico* dice á su vez: «Desde el principio Dios crió al hombre y le dejó en la mano de su consejo... El hombre tiene delante de sí el bien y el mal, la vida y la muerte: lo que á él le pluguiere, le será dado.» Empero, la herejía, que nada ha respetado, ha querido atentar contra la libertad del hombre decaído, y la Iglesia reunida en concilio ha declarado solemnemente que el libre albedrío del hombre no ha sido perdido ó estinguido por la caída; que sólo se ha debilitado en sus esfuerzos para el bien, hasta el punto de no poder aquél recuperar su superioridad perdida con sus propias y solas fuerzas; que en el orden natural que ha sobrevivido á la decadencia ó caída, la libertad moral no es un nombre vano, sin realidad alguna; que dicha decadencia ha dejado al hombre su libertad completa interna y externa; que ella no le ha constituido en la actividad necesaria del mal ó del bien, en términos que todo lo que él haga sea pecado; que todas las obras del hombre vicioso sean viciosas, y que todas las obras del hombre virtuoso sean virtuosas.

¡El libre albedrío! ¡Ah! esa es todavía una verdad de sentido íntimo y de sentido comun. Si no hay libertad, no hay crimen, no hay virtud. Y entonces el remordí-

miento, uno de los grandes fenómenos de la humanidad, pasa á ser, no sólo un efecto sin causa, sino un contrario sentido odioso.

«Así la naturaleza como la voz del género humano todo entero, me dicen que mis virtudes están en el bien que yo he hecho por eleccion y no maquinalemente, mis vicios en el mal del cual he podido librarme; que todo mérito ó demérito emanan de mi libertad, como del solo principio de alabanza ó de vituperio, de recompensa ó de castigo. Cuando mi corazón me dice que todas mis acciones me pertenecen, que mi voluntad las ha determinado libremente, entonces es cuando yo espero ó temo por parte de su juez, entonces es cuando me felicito á mi mismo ó me acuso por ellas. Por más que me empeñe en ocultármelo, cuando el remordimiento me habla, siento que mi crimen es el del libre albedrío. Si la fuerza y la presión dirigieron mi brazo, en tal caso yo podré llorar por los males de los cuales este fué el instrumento; mas mi pesar no estará mezclado de ningun modo con los reproches interiores. Compareceré sin temor alguno ante un Dios justo, y sin vergüenza alguna ante los tribunales de la tierra. Entonces yo puedo ser desgraciado, mas no soy culpable, y para la necesidad no puede haber suplicios.» (Barruel, *Helvianos.*)

A estas doctrinas del buen sentido y del sentido comun ¿qué opone, pues, la ciencia del dia? La duda en la teoría y la tolerancia en la práctica, con M. Huxley, uno de sus órganos más generosos. Hé aquí sus palabras: «Los filósofos dispónense á trabar combate sobre el más grande de los problemas especulativos. ¿La naturaleza humana posee, en realidad, un elemento libre dotado de voluntad, es decir, verdaderamente antropomórfico, ó bien es la máquina más artísticamente construida de cuantas son obra de la naturaleza? Algunos, en cuyo número me cuento á mí mismo, piensan que dicho combate permanecerá *para siempre indeciso*, y que en todas las cuestiones prácticas, el resultado equivale al triunfo del antropomor-

fismo (es decir, de la existencia del elemento libre, dotado de voluntad).» (*Revista de los cursos públicos*, 30 de octubre de 1869.)

Otros, con M. Andrés Sanson, oponen una duda sin reserva alguna diciendo: «El contestar ó el reconocer absoluta ó relativamente el libre albedrío, es suscitar una cuestion que no será resuelta jamás, y que sólo puede zanjar el sentimiento individual; dicha cuestion no es, al menos por ahora, del dominio científico. Nosotros nos hacemos voluntariamente la ilusion de creer que tenemos la libertad de la eleccion respecto de nuestras acciones; mas ¿en qué podemos fundar nuestra pretension de dominar los razonamientos en virtud de los cuales nos decidimos?» (*Filosofía positivista*, entrega de mayo-junio 1870, pág. 449.)

Otros, con M. Zaine, oponen una negacion brutal. «Nuestro espíritu, dicen, es una máquina construida tan matemáticamente como un reloj. Si alguno de sus resortes sobrepuja á los demás, acelera ó falsea su movimiento, y la impresion que les comunica se sustrae al gobierno de nuestra voluntad, porque ella es nuestra voluntad misma. El impulso dado nos arrastra; nosotros seguimos irresistiblemente la via trazada, y el autómatá espiritual que forma nuestro sér sólo se detiene para romperse.» (*Ensayos de crítica*, pág. 339.)

Otros, finalmente, con M. Moleschott, oponen una afirmacion insensata sobre la necesidad de los actos humanos. «Un sabio de la antigüedad, dicen esos tales, ha dicho que el hombre es la medida de todas las cosas. Esta palabra de Protágoras nos revela una de las verdades más profundas. Para que el hombre pueda llamarse la medida de todas las cosas, es preciso que sus sensaciones, sus juicios, sus pensamientos, su conciencia, sus voliciones y, por último, sus pasiones mismas, se hallen unidos por esas mismas leyes de la necesidad natural que rigen la órbita de los planetas, la formacion de las montañas, el flujo de la mar, la vegetacion de las plantas y el instinto de los animales.» (*Curso de filosofía dado en Turin*. Sec-

cion primera. ¿Qué lenguaje tan extraño no es ese y qué interpretacion podemos darle? Ante ese exceso de audacia y sinrazon, toda refutacion es inútil ó imposible. Todo lo que puede hacerse es gritar con indignacion al odioso apóstol de la fatalidad: *Ordéna tú la cabra enhorabuena, pero no me obligues á sostener el jarro!* Otro energúmeno, que ejerce una influencia desastrosa en la tenebrosa Alemania, el profesor M. Hæckel, ha osado decir: «Todos los seres animados ó inanimados son el resultado de la accion mútua, segun las leyes definidas, de las fuerzas pertenecientes á la nebulosa del universo. Si esto es cierto, no lo es menos que el mundo actual existia virtualmente en el vapor cósmico, y que una inteligencia suficiente, conocedora de las propiedades y las moléculas de dicho vapor, hubiera podido predecir, por ejemplo, el estado de la fauna de la Gran Bretaña en 1869, con tanta certeza como puede decirse lo que será el vapor de nuestro aliento respecto de un día de invierno.» Segun Moleschott, en lugar del estado de la fauna de la Gran Bretaña en 1869, hubiérase podido prever el estado de las inteligencias y voluntades nacionales ó individuales en 1870, la guerra de Francia y Prusia, sus causas y su desenlace.

Al oír tales despropósitos, hay motivos sobrados para estremecerse de horror y de indignacion. ¡Pues qué! Mientras el movimiento de los tres cuerpos inertes, el sol, la tierra y la luna, ha venido desafiando el génio de los matemáticos más ilustres, ellos se atreven, los insensatos, á afirmar la posibilidad de la solucion del problema, no solo respecto de los movimientos de la organizacion y de las organizaciones sucesivas de millares de millares de millones de moléculas de la nebulosa del universo, sino aun de los pensamientos, de los juicios y de las voluntades de todos los seres racionales! ¡Y esas fábulas monstruosas hallan, sin embargo, miles de oídos ávidos de aceptarlas! Y ellas llenan hoy las inteligencias?... Y tales excesos de estravagancia no abren los

ojos de los hombres honrados siquiera; no les convierten á la fé! La vista de este timon roto, de ese buque de la humanidad que va á la deriva del abismo en el cual va á sumergirse les deja impasibles!

*Inmortalidad del alma humana.* Esta cualidad esencial del alma humana hallase clara y terminantemente expresada en este precioso versículo del libro del *Eclesiástico*: «El polvo volverá á la tierra de la cual fué sacado; y el espíritu volverá á Dios que lo ha dado. El alma no perece con el cuerpo.» Y al decir que el espíritu volvía á Dios, el Sabio no entendía en manera alguna que volvía á Dios para perderse en la inmensidad divina, puesto que añade, cap. XII, v. 1 y 7: «Temed á Dios y guardad sus mandamientos; esto es lo esencial para el hombre. Dios entrará en juicio con él respecto de todo el bien y mal que hubiera hecho.» Cuando el profeta Elias quiso resucitar al hijo de la Sunamita, exclamó: «Señor, haced que el alma de este niño vuelva á su cuerpo.» El alma volvió, y el niño resucitó. La creencia en la inmortalidad del alma es la creencia no solamente de los patriarcas y profetas de la nacion judaica, sino aun de la humanidad entera. Jesucristo predicó claramente la vida eterna para los justos, y el fuego eterno para los malos; Él aseguró, no solo la vida eterna, si que tambien la resurreccion futura del cuerpo. Él hizo de este dogma capital la base de toda su moral. Con él consoló y estimuló á la virtud, hizo temblar al crimen, formó unos discipulos capaces de morir como él, bendiciendo á Dios. Más de una vez impuso el silencio á las frívolas objeciones de los saduceos, oponiendo á ellas estas razones: «¿Acaso no habeis leído lo que Dios os ha dicho: Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac y Jacob? pues bien, Dios no es el Dios de los muertos sino de los vivos.» Por lo tanto Jacob, Abraham é Isaac son vivos, y vosotros sois sus hijos; vosotros sereis inmortales como ellos. La inmortalidad del alma es uno de los artículos más solemnes del símbolo cristiano. *Yo creo en la vida eterna, en*

la vida eternamente feliz de los buenos y eternamente infornada de los malos. Hay para el *yo humano* una vida futura, cuyo estado de bienestar ó de sufrimiento será proporcional al estado bueno ó malo en que él hubiere vivido en la presente; y no será jamás aniquilado. ¿Cómo pudiera ser de otra manera? La ciencia moderna afirma la indestructibilidad de la materia; ella tiende aun fatalmente á afirmar su eternidad y, por consiguiente, la necesidad de su existencia, lo cual es más allá de la verdad.

«¿Dónde están, pues, las leyes de la naturaleza que vuelvan á sumergir en la nada al sér que salió de ella? Nosotros vemos que todo aquello que muere, reaparece bajo mil formas distintas. Las formas han cambiado, pero el efecto subsiste. Por qué, pues, el alma humana, que no es un compuesto, ni participa de esas formas materiales, estará condenada á desvanecerse? Por un primer acto de su omnipotencia, Dios hizo á dicha alma sola á su imagen, sola capaz de elevarse hasta él y de que le estudiara él mismo, sola llamada á contemplar la naturaleza, á adorar á su Autor, á ser perfecta por la imitacion de sus perfecciones infinitas. Por un segundo acto de omnipotencia, Dios unió hipostáticamente esta alma, el más noble de los séres, á un sér material; encerróla en la estrecha cárcel de un cuerpo, cuyas necesidades la marchitan, cuyas enfermedades la aplastan y cuyas inclinaciones la pervierten. Y, cuando el espíritu lo ha hecho todo por la materia, despues de haberla vivificado y servido, despues de haberlo sufrido todo por ella y para ella, el instante en que ella se halla dispuesta á emprender el vuelo para no ser más que ella, el instante en que ella aspira á gozar de toda su grandeza y de toda su libertad; ese instante, que puede y debe ser el instante de su triunfo, Dios lo hubiera elegido para obrar un tercer prodigio de su omnipotencia aniquilándola! ¿Pudiera yo acaso suponer que él no me hubiera sustraído al imperio de las leyes de la naturaleza, que no me hubiera hecho nacer inmortal por mí mismo, mas que para reservarse el

bárbaro placer de hundirme en la nada en el momento más bello de mi existencia? El día en que yo podré verle cara á cara y amarle sin traba alguna ¿podría ser el día escogido por él para hacerme descender al rango de aquello que no existe? Mi alma puede sobrevivir á mi cuerpo; ella, pues, le sobrevivirá, toda vez que sin esa supervivencia gloriosa, la sabiduría y la bondad divinas fueran unas palabras vacías de sentido... En tal caso su justicia y su santidad fueran con mayor razon todavía una quimera... ¿Por qué ha querido él que yo me sintiera capaz de ser tan grande? ¿Por qué ha permitido que todos los regalos posibles fueran para el vicio y los sinsabores, los combates y los obstáculos para la virtud?... Los sentidos son lo que debe domarse, los deseos lo que debe combatirse, las pasiones lo que debe moderarse; ¡y con el corazón mismo es con el que es menester vivir en una guerra continual! Y Dios, que tomó un placer tan cruel en rodear á la virtud de mil obstáculos, haríase un placer más cruel todavía en dejarla sin esperanza alguna! ¡El hubiera hecho mucho más! ¡Añadiendo la impostura al desprecio, al abandono total de la virtud, hubiera grabado en el corazón de todos los hombres el error más antiguo, el más universal, el más acreditado, el más invencible! ¡Bien puede la filosofía afanarse en hacer investigaciones sobre la faz de la tierra, en todas partes ella ve manes respetados: campos *Eliseos* ó los cielos prometidos al hombre justo, el Tártaro ó el lugar de suplicio preparado para los malos. Negar la inmortalidad del alma, es hacer del Dios de la naturaleza el Dios de la ilusión, de las contradicciones, de la mentira, de la impostura! Más vale retroceder á todos los absurdos del ateísmo que creer en un Dios, el cual, para aniquilar al hombre, olvida todo lo que le debe, todo lo que debe á la verdad, todo lo que debe al crimen, todo lo que debe á la virtud, todo lo que se debe á sí mismo. Todos los hombres de bien, sin escepcion alguna, todos los sabios desean ardentemente sobrevivir á este cuerpo de polvo y barro; no hay uno

solo de ellos que no aspire á la inmortalidad! ¡Unicamente los malvados y los insensatos quieren que el alma perezca con su cuerpo; solo ellos invocan contra ella la muerte y la nada! Pues bien, Dios no ha podido ordenar mi suerte por los deseos del crimen; solo la voz de la virtud ha dictado sus decretos. *Mi alma es inmortal.* (Las *Helvianas* del P. Barruel. Carta XLII.)

Para humillar y confundir á la filosofía, espongamos ahora las razones, las dudas, las hipocresías, las negaciones, las ironías y las blasfemias que los maestros del día oponen á este dogma grandioso, divino y humanitario. «Es preciso dejar á un lado, á toda costa, esas cuestiones odiosas é inaccesibles de los fines postreros, lo mismo que las cuestiones sobre el origen.» (Littré.)—Eso es aun remedar al avestruz, que oculta su cabeza en un hoyo y deja que pase el peligro. «La opinion concerniente á la perpetuidad de los individuos despues de la muerte, podia ser verdadera; ella no se ha encontrado tal. La ciencia no ha podido atestiguar un hecho cualquiera de vida despues de la muerte... ¿Y los muertos en qué paran? No les queda más que una existencia ideal en nuestro recuerdo... ¡Goces infinitos así en su valor como en su duracion prometidos á los fieles!... Jamás se habia ideado en el mundo un sistema de egoísmo tan completo! Los efectos de una tal direccion hubieran sido desastrosos; y la aspiracion á la salvacion hubiera roto todos los lazos sociales... La humanidad adelanta, depurando la moral cohibida por la preocupacion egoista de la salvacion individual.» (Littré, *Conservacion, Revolucion, Positivismo*, pág. 123.) «El sabio será inmortal, dado que sus obras vivirán en el triunfo definitivo de la justicia, resúmen de la obra que viene realizándose por la humanidad. El hombre malo y necio morirá todo entero, en términos de no dejar nada en el resultado general del trabajo de su especie... Solo sus obras (no su alma, ni su persona) sustráense á la caducidad universal; puesto que solo ellas figuran en la suma de las cosas adquiridas.» Hé

aquí la inmortalidad hipócrita de *M. Renan*. (*Job*, prefacio, XC, XCL.) «¿ Valdrá aun un día la pena de vivir, y el hombre que cree en el deber encontrará en el deber su recompensa? ¡ Lo ignoro! Solo aquellos que saben soportar la tristeza de su corazón, son los que consiguen encontrar el secreto de la vida. » (*Renan*, prefacio de *Job*, LXXXVIII.)

« Francamente, yo no deseo encontrar en la esfera de las sombras á Sócrates, San Agustín y tantos otros héroes. Prefiero sumergirme en la nada. El pensamiento y la acción de la vida acabaron por cansarme; dejadme dormir! Yo desciendo á la nada y por allí va á subir otro hombre... ¿ qué significa la palabra *morirás*? Significa: perderás tu egoísmo ú egoidad. Egoístas, apresuraos á desembarazaros de vuestras dolencias... ¡ Viva la muerte! Adorad á la muerte. » (*Feyerbalch*, traducido por *M. Renan*, *Libertad de pensar*, tom. VII, pág. 348.)

Héla ahí, pues, esa filosofía segun la ciencia, la falsa ciencia, la ciencia de un corto número de inteligencias extraviadas, inciertas de todo, inciertas de sí mismas, que quisiera substituirse á la filosofía segun la revelación!

*Union del alma y del cuerpo.*—El alma humana, ya lo dijimos, no es un puro espíritu, sino una substancia inteligente creada para vivir en un cuerpo, estar íntimamente unida con él y animarlo. La revelación interpretada por la Iglesia, espresa esta union natural é íntima del alma y cuerpo, diciendo que el alma es la *forma* del cuerpo. Para ella el hombre no es una inteligencia servida por algunos órganos, como el arcángel Rafael, compañero del jóven Tobías, cuyo cuerpo no era más que un fantasma el cual parecia vivir y no vivía, alimentarse y no se alimentaba. El alma humana llama y requiere al cuerpo, lo mismo que el cuerpo llama y requiere al alma; ella completa el cuerpo, como ella es completada por el cuerpo. Ella no forma con el cuerpo más que un

todo material y espiritual, existiendo entre ella y el cuerpo una comunión necesaria y perfecta. Dicha union es tan íntima, que puede dudarse, decia ya Bossuet, que haya habido en esta vida acto alguno de inteligencia pura, libre de toda impresion corporal; y la experiencia hace ver, en efecto, que siempre se mezcla con el pensamiento algo de sensible, de lo cual el espíritu se sirve para remontarse á los objetos más intelectuales.

Por último, por el acuerdo establecido entre el alma y el cuerpo, fórmasse naturalmente una tal trabazon entre las impresiones del cerebro y los pensamientos del alma, que las unas no dejan casi nunca de escitar á los otros. No es, pues, extraño en manera alguna, y es por el contrario natural y necesario, que las operaciones y emociones del alma, la atencion, la volicion, la alegría, la tristeza y el temor, se traduzcan en el cuerpo, sobre todo en el cerebro y los centros nerviosos, por sus efectos físicos ó fisiológicos que pueden evaluarse, y que son, hasta cierto punto, la medida, ó cuando ménos, la espresion correlativa de los fenómenos psíquicos.

Hé aquí, sobre la union del alma y cuerpo, la síntesis cristiana y católica. Para ella el hombre es á la vez un sér físico, fisiológico, psíquico, y, á pesar de esta union misteriosa, ella afirma solemnemente que el alma es esencialmente distinta del cuerpo.

La ciencia moderna, como lo afirman ruidosamente los materialistas y los positivistas, ¿ hubiera acaso demostrado la falsedad de esta distincion esencial entre el alma y el cuerpo? Hubiera reducido los fenómenos fisiológicos y psíquicos á los fenómenos psíquicos? Hubiéralos explicado enteramente por el juego, en el seno del organismo, de las fuerzas naturales, causa de los fenómenos de la naturaleza inorgánica? No, y mil veces no; y para demostrarlo hasta la evidencia, nos bastará analizar rápidamente las investigaciones más adelantadas de los físicos y fisiologistas sobre la correlacion de las fuerzas vitales con las fuerzas físicas. ¿ A qué condujeron los trabajos y esperi-

mentos de los Claudio Bernard, de los Cavarret, de los Donders, de los Bert, etc., etc.? Dichos trabajos hallanse asaz bien resumidos en una conferencia celebrada en Octubre de 1869 por el profesor M. Barker, de Yale-College (Estados-Unidos de América), que yo traduje en *Los Mundos* (entregas 20, 21 y 22 del tomo XXIII). Hé aquí sus conclusiones más avanzadas:

1.º Los mismos órganos que componen las substancias inorgánicas componen las substancias orgánicas. Cierto es; mas, si la química ha podido formar cuerpos cuya composición sea la misma que la de las substancias orgánicas, ella no ha hecho todavía ni hará jamás una substancia, un garbanzo ó un grano de trigo.

2.º Cada partícula de materia en el interior del cuerpo obedece á las leyes de las atracciones químicas y físicas.» El autor añadía: «Ningun agente dominador ó sobrenatural viene á complicar su acción que no es modificada más que por la acción de los demás.» Esto es exagerar los hechos, puesto que es sabido que los fenómenos vitales de la digestion, de la nutrición, de la asimilación y de la circulación, son á menudo perturbados por ciertas impresiones ó afecciones de orden puramente intelectual ó moral.

3.º La alimentación de la planta y del animal, si es alimento, es porque encierra en él parte de la energía potencial, la cual puede convertirse en actividad ó en fuerza, por la transformación en movimiento muscular, nervioso, etc., del calor producido por la combustión del alimento. La planta puede ser considerada como una máquina apta para convertir la luz solar en vigor potencial; y el animal como una máquina á propósito para volver actual y para utilizar el vigor ó energía potencial acumulada en las plantas. Cierto igualmente; mas estas conversiones no son de ningún modo la vida; ellas suponen, por el contrario, la vida, y la vida continuándose por el germen viviente.

4.º El calor vital como calor, la acción muscular como movimiento y la acción de los nervios en cuanto acción

física, son el resultado de una conversión de energía, de la conversión del calor, y su origen es puramente física. En otros términos, el organismo humano es una máquina calórica ó eléctrica viviente. Cierto tambien; mas en este caso, ¿por qué M. Barker, voluntaria ó involuntariamente omite decir que dicha máquina viviente exige su maquinista ó su electrizador, para abrir ó cerrar á su voluntad los circuitos del calórico ó de la electricidad? Dicho señor no ha probado en manera alguna, ni podrá probar jamás que el maquinista ó el electrizador, como el bibliotecario de M. Tremaux, sea un sér puramente físico, que resulte de una conversión de fuerza.

5.º M. Donders se ha gloriado de haber construido dos aparatos, á los cuales da el nombre precioso de *medidor* del pensamiento, *investigador* del pensamiento. Empero, lo que ha medido simplemente dicho señor, ha sido, por un lado, el tiempo trascurrido entre la causa física de la sensación y la percepción de la sensación ó sea la duración de la sensación; y por otro lado, el tiempo trascurrido entre la percepción de la sensación y la manifestación de esa sensación misma por medio de un movimiento espontáneo ó libre. Pues bien, estas dos transmisiones no son unos fenómenos psíquicos, sino unos fenómenos fisiológicos que tienen su residencia en el cuerpo.

6.º M. Lombard ha consignado por experimento, que la percepción de la sensación por el alma, el ejercicio del pensamiento y las emociones, determinan en el cerebro una elevación de temperatura, y que el calor desarrollado por la recitación interior de una poesía sentimental es menor, cuando esa recitación es oral ó expresada por el juego de los músculos, etc. Sin embargo, esos experimentos de M. Lombard, ¿prueban acaso la transformación de la energía física ó del calor en pensamiento? No, evidentemente; ellos prueban únicamente (y tal es el sentido que M. Barker mismo da á los experimen-